

MENSAJE A LOS ARGENTINOS

Queridos compatriotas de toda América:

Queridos compatriotas que hoy festejamos una de nuestras fechas patrias:

Este momento, repetido muchas veces en nuestras vidas, tiene hoy una significación especial; un tono y un colorido especial. Es aquí, en otro país de América, donde festejamos una vez más el 25 de Mayo. Y esta vez no se escuchan los discursos consabidos y no existe la fanfarria rutinaria, las palabras huecas con que los gobernantes de turno tratan siempre de hacerse copartícipes en la gloria de nuestros viejos próceres.

El 25 de Mayo aquí en Cuba, tiene características especiales, tan especiales como que un argentino de voz extranjera —a nombre del gobierno cubano— salude y agasaje a todos ustedes y les transmita las felicitaciones de nuestro gobierno.

Son las nuevas condiciones de América, condiciones que han ido madurando a través del tiempo, que han ido consolidando esta nueva era en que vivimos, este nuevo momento histórico del cual Cuba tiene la gloria especial de ser el iniciador en América.

Por eso, al hablar de movimientos emancipadores, al recordar viejas gestas de nuestra guerra de independencia, tenemos forzosamente que recordar la Cuba de hoy. Porque esta Cuba de hoy es parte de un viejo esfuerzo de las masas por obtener su liberación definitiva; esfuerzo que ni siquiera en Cuba ha alcanzado un éxito total.

Todavía tenemos que luchar para liquidar viejas formas económicas que nos oprimen, para librarnos de todos los problemas que nos ha traído en nuestro desarrollo la dependencia de los capitales extrajeros, la dependencia fundamentalmente de los monopolios norteamericanos, y para defender la parte de libertad y bienestar de nuestro pueblo, que hemos logrado en estos años de lucha.

El 25 de Mayo de 1810 significó en Améri-

ca un grito más, dentro de los muchos gritos que se dieron por aquella época en diversos países.

El monopolio español estaba llegando a su fin, y por todos lados los pueblos trataban de ganar su libertad. En Bolivia, un año antes, se había dado un grito parecido. Por el otro lado de América había empezado ya también la lucha por la libertad. No fue ese grito del 25 de Mayo de 1810 ni el primero ni el único; sin embargo, tuvo la virtud especial de afianzarse y consolidarse, tuvo la virtud del triunfador en aquellos momentos. Y la revolución cubana lo es hoy igualmente.

No hubo un único grito, ni siquiera fue el primero. Han existido en esta época, gloriosas revoluciones que han tratado de dar el paso que hoy dio la revolución cubana, pero todavía no estaban las condiciones dadas y los gobiernos surgidos de movimientos populares fueron siendo derrocados. El caso más avanzado, más patético, es el de la Guatemala de Arbenz, que fue destrozada por los monopolios norteamericanos.

Cuba también, como los héroes del 25 de Mayo de 1810, no tiene otra virtud especial: no es nada más ni nada menos que la demostración de cómo un pueblo pudo lograr su victoria, no original, no en base a planteamientos que se hallan imaginados por primera vez, no usando una estrategia por primera vez descubierta en la historia sino, simplemente, aprovechando el momento histórico en que se desarrolló, utilizando acertadamente la estrategia revolucionaria, unificando a todas las masas anhelantes de un cambio mediante el liderazgo de un movimiento que supo, en un momento dado, interpretar las aspiraciones del pueblo cubano.

Bajo la dirección de un líder de características extraordinarias, que, como todos los grandes líderes, supo aglutinar a todo el pueblo de Cuba y en las condiciones especiales en que nosotros estábamos luchando desde la sierra, en las difíciles condiciones de la guerrilla, en

los campos, se logró unificar un ejército campesino que avanzó sobre las ciudades, que unió junto a sí a la clase obrera, que derrotó al ejército en una y en muchas batallas campales, y que fue llegando desde el campo, entró en la ciudad, y después se dedicó sistemáticamente a destruir el viejo orden establecido, empezando naturalmente, por el arma más poderosa de la reacción: el ejército.

Porque no hay revolución triunfante que no tenga como imposición primero la de cambiar totalmente al ejército vencido, reemplazarlo por un nuevo ejército y establecer el dominio de clase. Eso hicimos nosotros y esa es nuestra virtud. Esa es la experiencia que podemos mostrar a los pueblos de América. Con más fuerza, con más patetismo porque hablamos el mismo idioma, hemos vivido la misma experiencia y nos entendemos muy fácilmente cuando estamos en uno o en otro país.

Por eso mostramos aquí una experiencia, naturalmente no la única. No pretendemos de ninguna manera que esta experiencia cubana marque el único camino para la liberación de América, pero sí una enseñanza importante: la demostración efectiva de que los ejércitos represivos se pueden destruir, que el pueblo puede ir armando a su vanguardia combatiendo, enseñándole a combatir, a destruir al ejército adversario, a acosarlo y, finalmente, a pulverizarlo.

Podemos nosotros, también, mostrar cómo crecen, cómo se desarrollan las masas. Uno de los fenómenos más interesantes, que es el fenómeno del desarrollo de la conciencia revolucionaria. Todos sabemos que en una revolución se necesitan condiciones objetivas y subjetivas, y se necesita que el poder, objetivo de la revolución, esté sufriendo embates fuertes y esté perdida su capacidad de reacción.

Las condiciones objetivas están dadas en toda América; no hay país de América donde no estén, en este momento, dadas al máximo. Las condiciones subjetivas, sin embargo, no han madurado en todos los países con igual intensidad.

Nosotros demostramos que las condiciones especiales de Cuba, las condiciones subjetivas, iban madurando al calor de la lucha armada; que la lucha armada era un catalizador que agudizaba las luchas, y que iba haciendo nacer una nueva conciencia.

Nosotros llamamos condiciones subjetivas a la conciencia de la necesidad de un cambio en una situación social dada y a la certeza de la posibilidad de ese cambio. La necesidad de un cambio la conocen muy bien las masas de toda América; la posibilidad de un cambio, la

posibilidad de tomar el poder, es algo que no siempre se conoce.

Los pueblos no siempre conocen su fuerza y la lucha armada en Cuba fue desarrollando esa fe del pueblo en su poder, hasta convertirla en una certeza de la victoria y hasta hacer que esta fe nos hiciera lanzar contra las armas del enemigo, derrotar su superioridad numérica —en cuanto a sus soldados armados— su superioridad de fuego, la superioridad de sus armas modernas, atacando a veces en condiciones de 1 a 10 y destruirlo en todos sus focos hasta obtener el triunfo.

Después llega la otra etapa, la que estamos viviendo: más difícil, más ardua quizás que la misma etapa de la guerra. Una vez más, repito, eso es lo que nosotros tenemos que mostrar ante ustedes, tenemos la obligación y el deber de mostrar tal cual es, no para copiarlo, sí para estudiarlo, sí para analizarlo.

Cuando el tiempo siga su curso y también la revolución cubana se convierta en objeto de estudios históricos, y algunos de los que participaron en esta revolución sean catalogados por las generaciones venideras como héroes de este momento, entonces, la revolución tendrá estas virtudes, las que ahora he enumerado: la virtud de haber demostrado a toda América lo que puede hacer un pueblo en armas cuando está bien elegida su estrategia revolucionaria y cuando está bien dirigido su ejército revolucionario.

Naturalmente, en América, hay condiciones diferentes: hay países con grandes condiciones para la lucha de guerrillas y países con campesinado muy fuertemente desarrollado, donde se hace mejor la guerra; hay países donde la clase obrera, las poblaciones urbanas son mucho mayores y donde las condiciones para una guerra son más difíciles.

Nosotros no somos técnicos especializados en subversión, como hay técnicos especialistas contra la subversión. Sin embargo, sabemos una cosa: que un hombre armado vale tanto o más que otro armado, de acuerdo con la ideología con que lleve su arma; que para que un hombre esté armado, tiene que conseguir un arma y que las armas no están a la vuelta de la esquina, las armas están en poder del ejército enemigo, del ejército opresor...

Para lograr la liberación revolucionaria hay que tomar las armas, las pocas que existan, y con esas quitar nuevas armas y convertir al pequeño ejército en un gran ejército popular.

Perdónenme, compañeros, mi insistencia castrense en las armas. Sucede que estamos evocando un día en el cual el pueblo argentino manifestó su decisión de proclamar su inde-

pendencia del poder español, después de realizar el Cabildo Abierto, después de aquellas discusiones que, año tras año, recordamos en actos como éste, después de escuchar las manifestaciones de los Obispos españoles que se negaban a la independencia y manifestaban la superioridad racial de España.

Después de todo eso, hubo que instrumentar aquel triunfo político de un momento y, entonces, el pueblo argentino tuvo que tomar las armas. Pero aun más, compañeros: después de tomar las armas y expulsar de todas las fronteras al invasor español, había que asegurar la independencia de la Argentina, asegurando también la independencia de las hermanas naciones de América.

Y los ejércitos argentinos cruzaron los Andes para ayudar a la liberación de otros pueblos y cuando se recuerdan las gestas heroicas, siempre nuestro orgullo, más que el haber obtenido la libertad en nuestro territorio y haber sabido defenderlo de la intromisión de las fuerzas realistas, es el de haber cooperado a la liberación de Chile y a la liberación del Perú con nuestras fuerzas revolucionarias. Era una necesidad imperiosa.

Aquello era más que un altruísmo de las fuerzas revolucionarias, era una necesidad imperiosa, era el dictado de la estrategia militar para obtener una victoria de alcances continentales, donde no podía haber victorias parciales, donde no podía haber otro resultado que el triunfo total o la derrota total de las ideas revolucionarias.

Y ese momento de América se repite hoy, aquí en esta pequeña isla del Caribe, rodeada de mar, rodeada de enemigos también. Se vuelve a repetir la historia que la Argentina una vez vivió. Nuestra revolución es una revolución que necesita expandir sus ideas, que necesita que otros pueblos la abracen, que necesita que otros pueblos de América se llenen de bríos, que tomen las armas o tomen el poder, lo mismo da, porque, en definitiva, al tomar el poder hay que tomar las armas después; y nos ayuden, nos ayuden en esta tarea, que es la tarea de toda América, que es la tarea de toda la humanidad. La tarea global de luchar contra la destrucción del enemigo monopolista, imperialista, que no va a ser derrotado sino cuando el último de sus magnates vaya por lo menos a la cárcel, sino al patíbulo, que no puede terminar antes, que no puede terminar sino con la derrota final del imperialismo y la derrota final del imperialismo se está creando cada día que las fuerzas populares dan una batalla y la ganan en cualquier lugar de América o del mundo.

Tan hermanos nuestros, tan hermanos en nuestros destinos son los pueblos de América en este momento del pueblo de Venezuela, del

Paraguay o del Perú, o del pueblo de la Argentina, como de los pueblos de Argelia que obtienen su independencia, de los pueblos del Vietnam o de Laos, que todos los días perecen por obtener la independencia.

Todo es parte de una sola lucha; y es verdad cuando el imperialismo nos llama con un denominador común, porque aún cuando las ideologías cambien, aún cuando uno se reconozca comunista, o socialista, o peronista, o cualquier otra ideología política en determinado país, solamente caben dos posiciones en la historia: o se está a favor de los monopolios o se está en contra de los monopolios. Y, a todos los que están en contra de los monopolios, a todos ellos se les puede aplicar un denominador común. En esto, los norteamericanos tienen razón.

Todos los que luchamos por la liberación de nuestros pueblos, luchamos al mismo tiempo, aunque a veces no lo sepamos, por el aniquilamiento del imperialismo; y todos somos aliados, aunque a veces no lo sepamos, aunque a veces dividamos nuestras propias fuerzas por querellas internas, aunque a veces por discusiones estériles dejamos de hacer el frente necesario para luchar contra el imperialismo; pero todos, todos los que luchamos honestamente por la liberación de nuestras respectivas patrias, somos enemigos directos del imperialismo. En este momento no cabe otra posición que la lucha directa o la colaboración.

Y yo sé que ninguno de ustedes es colaborador del enemigo, que ninguno de ustedes está ni remotamente a favor del imperialismo y que todos están decididamente por la liberación de la Argentina.

Liberación, porque la Argentina está de nuevo encadenada; cadenas a veces difíciles de ver, cadenas que no siempre son visibles para todo el pueblo, pero que la están amarrando día a día. El petróleo se va por un lado, compañías extranjeras entran por todos los lados del país; viejas conquistas van cayendo, y todo eso se produce lentamente, como un veneno sutil que va penetrando así en la Argentina, como en muchos otros países de América.

Sin embargo, el pueblo reacciona, reacciona con vehemencia frente a esta penetración que, sutil en términos generales, siempre se asienta sobre las espaldas del pueblo.

Y cuando los gobiernos tratan de lavarse las manos con una elección, sucede para ellos como el fracaso de la última vez¹. Entonces viene la intervención descarada del imperialismo, de sus titeres, de todos sus edecanes; entonces, vuelve una situación ya conocida y vuelven las

¹ Se refiere a la elección, posteriormente anulada, de Framini como gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

luchas de las masas populares. Si los caudillos de la reacción son hábiles, tal vez las encaucen hacia nuevas formas en que pueda permitirse otra burla más; si los caudillos de la reacción no son suficientemente hábiles, o si el pueblo es más avisor que ellos, puede ser que el impulso de las masas llegue más allá de donde se ha llegado por ahora, puede ser que se dé el paso necesario para que la clase obrera tome el poder.

Puede ser que las masas de obreros y campesinos de nuestro país aprendan algún nuevo camino o sigan por caminos ya conocidos y destruyan un poder que está vacilante ya, que se basa en este momento en el miedo a las bayonetas, en la desunión de nuestras fuentes, en la falta de conciencia de la posibilidad del cambio, de la posibilidad de la lucha, de la fuerza inmensa del pueblo y de la debilidad, comparativamente enorme, de las fuerzas represivas.

Si nuestro pueblo aprende bien las lecciones, si no se deja engañar de nuevo, si no suceden nuevas y pequeñas escaramuzas que lo alejen del objetivo central que debe ser tomar el poder—nada más ni nada menos que tomar el poder—, podrán darse en la Argentina condiciones nuevas, las condiciones que en su época representó el 25 de Mayo, las condiciones de un cambio total. Solamente, que, en este momento de colonialismo e imperialismo, el cambio total significa el paso que nosotros hemos dado: el paso hacia la declaración de la Revolución Socialista y el establecimiento de un poder que se dedique a la construcción del socialismo.

En fin de cuentas, el socialismo es una etapa económica de la humanidad. No podemos —querámoslo o no— eludir esta etapa. Podremos, sí, retardarla y podemos también adelantarla; esa es la parte de la lucha que corresponde a los dirigentes de las dos grandes fuerzas en pugna.

Si la reacción sabe manejar sus cañones, sus armas de división, su arma de amedrentamiento, quizás por muchos años pueda impedir que llegue al poder el socialismo en un país determinado; pero también, si el pueblo sabe manejar su ideología correctamente, sabe tomar su estrategia revolucionaria adecuada, sabe elegir el momento para dar el golpe y lo da sin miedo y hasta el fondo, el advenimiento del

poder revolucionario puede ser a muy corto plazo, en cualquier país de América y, concretamente, en la Argentina.

Eso, compañeros, el que se repita la experiencia histórica del 25 de Mayo en estas nuevas condiciones, depende nada más que del pueblo argentino y de sus dirigentes. Es decir, depende de ustedes en cuanto pueblo y en cuanto dirigentes.

De tal manera, que también una gran responsabilidad cae sobre ustedes. La responsabilidad de saber luchar y saber dirigir a su pueblo que hace tiempo está expresando, de todas las maneras concebibles, su decisión de destruir las viejas cadenas y de liberarse de las nuevas cadenas con que amenaza amarrarnos el imperialismo.

Tomemos el ejemplo de Mayo, el ejemplo tantas veces distorsionado de Mayo, tomemos el ejemplo de la revolución de 1810 que salió de sus fronteras, inundó con una ideología nueva, que no era propia, pero que había encarnado para sí para trasladarla a América. Y pensemos en estos momentos de América, en estos mismos momentos en que una especie de 25 de Mayo se ha dado en la zona del Caribe. Y que, desde aquí, se lanzan proclamas revolucionarias que llegan a todos los pueblos de América, y que en la Segunda Declaración de La Habana luce algo así como una Declaración de los Derechos del Hombre para los pueblos de aquella época.

Pensemos en la unidad indestructible de todo nuestro continente, pensemos en todo lo que nos ata y nos une, y no en lo que nos divide; pensemos en todas nuestras cualidades iguales, pensemos en nuestra economía igualmente distorsionada, igualmente aherrojado cada pueblo por el mismo imperialismo; pensemos en que somos parte de un ejército que lucha por su liberación, en cada pedazo del mundo donde todavía no se ha logrado, y aprestémonos a celebrar otro 25 de Mayo, ya no en esta tierra generosa, sino en la tierra propia y bajo símbolos distintos, bajo símbolos nuevos, bajo el símbolo del futuro, bajo el símbolo de la construcción del socialismo, bajo el símbolo de la victoria.

La Habana, 25 de mayo de 1962.